



Comunicación y Paz. Entrevista a Olga Rodríguez Francisco

Gonzalo Peña Ascacibar¹, Olga Rodríguez San Francisco

Abstract. Entrevista a la periodista y especialista en información de conflictos internacionales Olga Rodríguez Francisco, licenciada en Periodismo por la Universidad Complutense, escritora, experta y autora comprometida con la cobertura en profundidad de los conflictos en áreas de Oriente Medio, en particular relacionadas con los derechos humanos, la libertad de expresión y de información y el respeto a los pueblos y las minorías en el mundo postcolonial y militarizado.

Palabras clave: Olga Rodríguez; periodismo internacional; Oriente Medio; derechos humanos; conflicto y comunicación; activismo; libertad de prensa.

[en] Communication and Peace: Interview with Olga Rodríguez San Francisco

Abstract. Interview with the journalist and specialist in information on international conflicts Olga Rodríguez Francisco, graduate in Journalism at Complutense University. She is a writer, an expert and author committed to in-depth coverage of conflicts in areas of the Middle East, particularly related to Human Rights, Freedom of information and Press and respect for peoples and minorities in post-colonial and militarized world.

Keywords: Olga Rodríguez; international journalism; Middle East; human rights; conflict and communication; activism; press freedom.

Cómo citar: Peña Ascacibar, G. ; Rodríguez San Francisco, O. (2023), Comunicación y Paz. Entrevista a Olga Rodríguez Francisco, en *CIC. Cuadernos de Información y Comunicación* 26, 147-157.

Olga Rodríguez Francisco es una periodista que se caracteriza por su especialización en materia de información internacional, Oriente Medio y derechos humanos. Su profundidad analítica, rigor informativo y compromiso periodístico son sus señas de identidad y hacen que sea una referencia fundamental en el campo de la comunicación y la paz.

Licenciada en Periodismo por la Universidad Complutense de Madrid, en 1998 comienza a trabajar en la Cadena SER, primero en el área de información local y posteriormente en el programa *Hoy por Hoy*, entonces dirigido por Iñaki Gabilondo, donde pasa a encargarse del área de Internacional.

Fruto de su trabajo y experiencia profesional, a partir del año 2000 viaja ya como reportera de forma regular y en el nuevo siglo cubrirá algunos de los acontecimientos informativos más relevantes a nivel internacional. En 2001 forma parte del equipo que informa de los atentados del 11 de septiembre, trabajo por el que la Cadena SER obtiene el Premio Ondas. Por otra parte, en 2002, junto a más periodistas de la SER, se desplaza a Galicia y Portugal para seguir las consecuencias del vertido de fuel del

¹ Doctor en Periodismo, UCM.

petrolero Prestige. Como en el caso anterior, nuevamente ese trabajo colectivo recibe el Premio Ondas.

Además, amplía su formación obteniendo el título de Especialista Universitaria en Contenciosos de Oriente Próximo por la Universidad Nacional de Educación a Distancia, lo cual le permite trabajar con una mayor perspectiva en dicho terreno. En enero de 2003 se desplaza a Irak, donde permanece tres meses y es testigo de la ocupación e invasión del país, así como de la muerte del también periodista José Couso tras el disparo de tanques estadounidenses al hotel Palestina en el que ambos se alojaban junto a más compañeros y compañeras internacionales. Ese año recibe el Premio Turia a la Mejor Labor en Medios de Comunicación por su trabajo desde Bagdad y el Premio Ortega y Gasset a nivel colectivo por la cobertura de la ocupación e invasión.

Un año después se publica su primer libro, *Aquí Bagdad: crónica de una guerra*. También participa en la obra colectiva *José Couso, la mirada incómoda*, recuerdo y lucha por la justicia y la verdad de su asesinato que persiste hasta la actualidad. En la Cadena SER pasa a encargarse del área de Defensa, lo cual compagina con su trabajo en Internacional. A nivel de reconocimiento colectivo, recibe también la Pluma de la Paz por su cobertura de la guerra en Irak.

En 2005, como reportera especializada, forma parte del equipo fundador de la cadena televisiva Cuatro y en 2006 obtiene el Premio al Mejor Trabajo Informativo del Club Internacional de la Prensa por sus reportajes televisivos desde Gaza y Ciudad Juárez. Tres años después ve la luz su segundo libro, el cual lleva por título *El hombre mojado no teme la lluvia: voces de Oriente Medio*.

Cabe señalar en 2011 la relevancia de sus trabajos sobre las denominadas revueltas árabes, donde muestra su conocimiento del terreno y amplitud de perspectiva al reflejar las percepciones de diversos movimientos sociales, activistas y manifestantes. Comienza a colaborar con los medios Público y Periodismo Humano y en 2012 se publica *Yo muero hoy: las revueltas en el mundo árabe*, su último libro hasta la fecha.

Ese mismo año se convierte en cofundadora de elDiario.es, medio digital donde colabora actualmente. Entre sus diversas piezas destacadas, se puede citar la cobertura de la ruta de las personas refugiadas informando sobre su situación desde varios países. Toda esa labor y trayectoria lleva a un reconocimiento unánime con el Premio Enfoque 2014, el Premio Asociación Pro Derechos Humanos 2015, el Premio Lupa 2016 o el Premio Honoris Causa Pimentel Fonseca 2018.

En definitiva, su múltiple trabajo en diversos medios de comunicación y en países como Irak, Afganistán, Yemen, Palestina, Israel, Libia, Siria, Líbano, Egipto, Jordania, Turquía, Kosovo, Grecia, Serbia, Hungría, Estados Unidos o México dan buena cuenta de su relieve periodístico. Además de ello, ha sido recientemente coguionista de la película *En los márgenes*, dirigida por Juan Diego Botto, en la que se aborda el drama de los desahucios.

La mirada de Olga Rodríguez Francisco es la de ir más allá del relato oficial, abordar la realidad como un ejercicio de honestidad y dar voz a los sin voz. “La paz no es solamente la ausencia de la guerra; mientras haya pobreza, racismo, discriminación y exclusión, difícilmente podremos alcanzar un mundo de paz”, dijo Rigobertha Menchú. Esa concepción del mundo es la que también impregna a la periodista y escritora que en esta ocasión no pregunta, sino que responde en esta entrevista a cuestiones que vertebran la comunicación y la paz.

CIC: Vivimos en un momento donde la narrativa y la terminología bélica están muy presentes en la comunicación. En los medios se ha normalizado el uso de expresiones como fuerzas de liberación, se ha naturalizado informativamente acciones como el envío internacional de armas y hasta se denomina a quienes son periodistas como corresponsales de guerra. ¿Cómo se redefine este marco para que las coordenadas que se pongan en el centro sean la paz, la vida y los derechos humanos?

Es un trabajo a largo plazo porque realmente hay tanto que hacer al respecto que debería ser algo absolutamente transversal empezando por las escuelas y los institutos con una educación en cultura de paz y en cultura de derechos humanos que a día de hoy no existe. Puede existir a través de voluntarismo y de profesores y profesoras comprometidos con esa cultura de paz y derechos humanos, pero no a nivel estructural y en un proyecto educativo a través de las instituciones. Creo que eso debería implementarse y mejorarse en ese sentido, como la cultura del diálogo o el aprendizaje de informarse bien y de contrastar la información. Hay herramientas que pueden ayudarnos y a través de las aulas se podría dar muchos instrumentos para que los estudiantes tuvieran esas herramientas.

Más allá de eso, creo que a través del periodismo, en las redacciones de los medios de comunicación, esa cultura de paz y derechos humanos debería estar también mucho más presente. Lamentablemente, demasiado a menudo prima la espectacularización, el planteamiento binario de las cosas y una ausencia de cultura de paz muy preocupante. Tan preocupante que emplea a veces terminologías muy dañinas. También hay una ausencia de cultura de derechos humanos en determinadas redacciones de medios de comunicación que explican que podamos leer titulares o escuchar palabras como avalancha y peligro cuando se está hablando, por ejemplo, de personas migrantes.

Todo esto tiene unas consecuencias muy tóxicas y dañinas para cualquier sociedad de un país que se rige como libre y democrático. Siempre que hay una guerra que afecta a muchos países de una manera u otra, la verdad es la primera víctima y suele imperar la propaganda, la cual intentan aplicar e imponer todos los bandos implicados. Eso desde el periodismo se debería saber y tener conciencia de ello para intentar narrar lo que ocurre a través de los hechos y no implicándose sintiendo la necesidad de hacer, como cuando vamos a ver un partido de fútbol, de elegir bando. Se debe tener la conciencia de denunciar todos los crímenes que se cometen en una guerra procedan del bando del que procedan.

Siempre he dicho que a mí no me gusta denominarme como corresponsal de guerra, aunque es una terminología que se aplica muy a menudo, como bien decías. Creo que se debe ir a cubrir guerras, periodísticamente hablando, con la voluntad de ser corresponsales de paz y deseando que esas guerras no estallen si vas antes de que se produzcan o deseando que terminen pronto si vas cuando acontecen. Yo he procurado hacer mi trabajo siempre así y considero que tengo la obligación de hacerlo de esta forma.

Recuerdo una anécdota que he contado alguna vez ya. En Bagdad, antes de la guerra en 2003, había muchos periodistas que llevábamos allí ya muchas semanas o incluso meses esperando el inicio de la invasión estadounidense de Irak. Una noche que nos reunimos periodistas de varias nacionalidades a tomar unas cervezas en una habitación, algunos decían que aquello era un rollo, que era aburrido, que tenían ga-

nas de que empezara la acción y la adrenalina para poder contar espectáculo. Yo me acuerdo que me giré a un compañero y le dije que aquella gente no había entendido que la mayor noticia que podríamos contar, la noticia más histórica, es que finalmente esa guerra, cuyos tambores llevábamos oyendo ya varias semanas, finalmente no se producía. Que la vía diplomática y la presión de la gente manifestándose en las calles lograba detener esa invasión ilegal y ocupación anunciada.

Esa noche quisimos brindar por poder ser corresponsales de paz y no de guerra. No pudo ser así. Días después comenzó la invasión con los bombardeos, las muertes... En fin, el horror. Se abrió la caja de Pandora y ese horror dura hasta hoy con las consecuencias que ha tenido no solamente en Irak, sino en países vecinos como Siria y buena parte de la región. Cada vez que veo a este colega, volvemos a levantar la copa y a brindar por poder ser algún día corresponsales de paz. No hemos podido serlo en ninguno de los conflictos a los que hemos ido, pero yo quiero pensar que eso es posible.

Sé muy bien, porque lamentablemente he vivido varias guerras, que incluso una tregua, por muy breve que sea, salva vidas. Como decía el maestro Kapuscinski, en una guerra no importan ni los bandos ni la guerra fría. En una guerra lo que importa es salvar vidas. Cada día que pasa en la perpetuación de una guerra son nuevos muertos, nuevos heridos, nuevas fragmentaciones sociales y no solo una, sino dos o tres generaciones que se verán afectadas y totalmente atravesadas por las consecuencias de esa guerra. Eso es terrible. Que en el siglo XXI todavía se cuestione la cultura de paz es muy preocupante. En ese sentido, el periodismo tiene una responsabilidad social porque siempre maneja entre manos algo que es un servicio público, un derecho, que es la información. Por lo tanto, tiene que tener conciencia de la importancia de esa cultura de paz.

CIC: Siguiendo con lo que comenta de la cultura de paz como elemento estructural, Víctor Sampedro, catedrático de Opinión Pública y Comunicación Política de la Universidad Rey Juan Carlos, exponía recientemente en un artículo la necesidad de desmilitarizar el debate público. ¿Cuáles son las claves fundamentales para abordar y confrontar los discursos que promueven la agitación, el miedo y el odio?

Bueno, habría que darle la vuelta a todo porque los formatos informativos o los propios formatos de un montón de programas están planteados de una manera en la que se aborda la actualidad diaria con dos bandos. Hay un bando situado a la izquierda, otro a la derecha y cada persona tiene treinta segundos, si es afortunada un minuto, para exponer lo que quiera. Por lo tanto, ya de por sí se empuja a una simplificación del pensamiento y de las exposiciones de las ideas y, además, se plantea en formato batalla, en formato conflicto, en formato guerra dialéctica con un señor o una señora en medio que el espectador u oyente va a asumir como el árbitro que debería poner límites y líneas rojas a algunas de las barbaridades que ahí se dicen.

Sin embargo, hemos visto cómo en muchos de estos formatos en los últimos años se han normalizado discursos de odio, mentiras, tergiversaciones, discursos racistas y discursos de culto a la guerra como única vía para solucionar problemas y conflictos internacionales. Todo eso ocurre en *prime time*. Por eso digo que habría que darle la vuelta a absolutamente todo. Nos podemos poner más finos y empezar a detallar

de qué terminología se abusa, pero es que yo creo que hay que empezar por tener la conciencia de que a lo mejor hay determinados formatos que son dañinos.

Es decir, si hay señores en *prime time* normalizando discursos de extrema derecha de forma cotidiana, eso va a llegar un momento que va a calar en la sociedad. Nada de lo que ha pasado en los últimos diez años en nuestro país se puede entender sin el papel de determinados medios de comunicación y de algunos periodistas que han normalizado estos discursos de extrema derecha. Esto habría que abordarlo y habría que hacerlo sin rasgarse las vestiduras, como demasiado a menudo se hace en mi oficio. Habría que hacer autocrítica y tener la voluntad de poder asumir esa responsabilidad social de la que hablábamos antes, porque, si no, se perpetúa la simplificación hasta llegar a puntos en los que estamos viendo cómo se produce la banalidad del mal, como dijo la filósofa Hannah Arendt. Es la banalidad del mal y hacemos como que no está ocurriendo.

Entonces, ¿cómo hacerlo? Pues con voluntad. El problema es que cada medio de comunicación tiene su agenda donde la espectacularización muchas veces consigue audiencia fácilmente, pero desde la sociedad habría que desarrollar la capacidad crítica, plantear estos problemas y ponerlos encima de la mesa, no con la voluntad de señalar a periodistas, como a veces algunos se quejan, sino con la voluntad de poder mejorar y poder introducir una cultura democrática de derechos humanos en nuestro país. Los medios de comunicación son una de las herramientas más eficaces para hacerlo hoy en día.

CIC: Esa espectacularización que indica, esa falta de profundidad y de análisis va muy vinculada a la desinformación, que evidentemente es un arma contra la paz. De hecho, hay quienes utilizan esa información para hacer la guerra en nombre de la paz. Como periodista de campo que observa y que trabaja en el terreno de los acontecimientos, ¿de qué forma considera que han evolucionado las prácticas desinformativas y cómo cree que ha influido en ello la viralidad del espacio digital?

Esto da para mucho. Decía David Simon, que era periodista en Estados Unidos y ahora es un excelente guionista de series de televisión como *The Wire*, en la cual la quinta temporada es excelente sobre periodismo, que hay un antes y un después en el campo periodístico marcado por el momento en el que el poder financiero entra en el accionariado de muchos medios de comunicación. Eso ocurrió en Estados Unidos en los años noventa y aquí en España ya a comienzos de este siglo, lo cual marca un punto de inflexión porque entran en el accionariado de medios de comunicación actores que en algunos casos, por ejemplo, fueron protagonistas o causantes en parte de la crisis económica de 2008. ¿Cómo se cuenta esa crisis si tienes a actores clave del poder financiero en el accionariado de algunos medios de comunicación fundamentales? Evidentemente, se va a contar de una determinada manera.

Más allá de cómo condicionan el contenido, lo que ocurre es que, cuando eso se produce, estos nuevos dueños ponen a gente al mando de los medios de comunicación que procede de otros sectores, que eran gestores y no periodistas y que, por lo tanto, llegan a los medios de comunicación concibiendo la información como una mercancía más sin entender o sin querer entender el peso y la responsabilidad que tienen quienes manejan información y priorizando la búsqueda de máximos beneficios económicos en el menor tiempo posible y con el menor gasto posible.

Esto supone que de la noche a la mañana muchísimas secciones de información internacional se vean reducidas al mínimo y muchas redes de corresponsales desaparezcan o también se vean reducidas a la mínima expresión. Los corresponsales que quedan ya no son corresponsales con un salario, una vivienda y con la posibilidad de tener tiempo para hacer las cosas bien. En muchos casos son sustituidos por *freelance* que cobran por pieza y que, además, si van a cubrir un conflicto, no están protegidos y no tienen ni seguro ni chaleco ni nada.

Todo eso condiciona la calidad de los contenidos. Por ejemplo, el *Boston Globe* tenía su red de corresponsales como una de sus señas de identidad y de credibilidad, pero la cerró durante muchísimos años. En España también vimos cómo en muchos casos aquellas personas que éramos enviadas por nuestros medios de comunicación a cubrir algo durante tres, cuatro o cinco meses, pasábamos a hacerlo solamente tres días. Es decir, era para aparentar que se informaba en lugar de para informar.

Recuerdo esa primera vez. Trabajaba en la tele y me envían a Yemen. Recién aterrizada, me piden que entre en directo. Yo llevaba ya muchos años ejerciendo el periodismo y les dije que todavía no había visto nada. Me respondieron que no me preocupara y que me leían el último teletipo. A lo mejor ese teletipo sobre lo que pasaba en Yemen era estupendo, pero eso nos conduce, si todos repetimos lo mismo, a una uniformidad de la información, más allá de que no podemos contrastar, más allá de que al final tenemos a un señor en un lugar contando a todo el mundo lo mismo y de la misma manera porque no tenemos multiplicidad de miradas.

Esto ha ocurrido en las últimas dos décadas. Se ha precarizado el oficio en muchos casos y se ha apostado más por aparentar que se informa que por informar, sobre todo en los medios audiovisuales. También en la prensa escrita se ha visto esto. Hay algunos géneros, como el reportaje o la crónica, que son despreciados. En las reuniones en las que se deciden los temas se oyen demasiado a menudo cosas como que algo no se puede dar porque eso aburre a la gente, eso no interesa. ¿Cómo puedes decir como periodista, como editor o editora, que algo que atraviesa la actualidad y que condiciona la vida de los integrantes de una sociedad no interesa? Será tu culpa que no interese. Cuéntalo de la forma que interese. Si tú me das treinta segundos para contar qué pasa en Ucrania, como ocurre en muchos informativos audiovisuales, la gente no se va a enterar de nada porque no vas a poder contextualizar absolutamente nada. Ten valentía y apuesta por dar más tiempo y por hacerlo bien y en profundidad.

Eso implica que la gente tenga que estar en el terreno porque, si no, claro que no va a interesar. Todo es una cuestión de voluntad. Muchas veces pongo el ejemplo de las televisiones estadounidenses, que hacen cosas muy malas y otras muy buenas, como todos los medios de comunicación, pero tienen mucho dinero y todavía hay gente con la voluntad de atreverse. Por ejemplo, han hecho cosas como dedicarse dos meses a investigar las consecuencias de la privatización de las cárceles en Estados Unidos. Con eso los periodistas elaboran un reportaje de sesenta minutos y de ese reportaje hacen un resumen de siete minutos. Ese día, sí o sí, el informativo de máxima audiencia de esa cadena va a abrir con ello, va a apostar por eso. Los quince días anteriores todas las caras conocidas de esa cadena, desde la que presenta el magazín de la mañana hasta quien presenta el informativo del mediodía, te van a estar diciendo en promos publicitarias y también en sus propios programas que tal día a tal hora van a contar esto, que no te lo pierdas y que lo van a emitir en prime time. A lo mejor no funciona, pero eso es intentar.

Enterrar un excelente reportaje a las 00:00 de la noche en una cadena de televisión, a las 04:00 de la mañana en la radio o en páginas de interior ahí escondido en la prensa, eso no es intentarlo. Claro que así tú no vas a conseguir que la gente se preocupe por aquellas cosas que, además, le incumben en el fondo. Cuando un periodista justifica hacer basura o renunciar a la responsabilidad social que tiene diciendo que la gente quiere otra cosa, eso es una falacia porque tu obligación como periodista es lograr que la gente se interese por la actualidad y contarla bien. Nadie tiene la cuadratura del círculo de la audiencia porque, si no, todos los días pones basura a todas horas y te funciona y lo petas. Pero no. Incluso poniendo basura, muchas veces no funciona.

En cuanto a la segunda pregunta, al contrario de algunos colegas de profesión, me veo obligada, siendo honesta, a reconocer que en muchos casos Internet ha funcionado o ha influido muy positivamente. No podemos olvidar que gracias a Internet se pueden montar medios de comunicación sin necesidad del gran capital, de tener detrás a empresas enormes, a bancos o sin tener que contar con millones y millones.

Es decir, gracias a Internet se ha abaratado muchísimo la posibilidad de tener un medio de comunicación. Se pueden enviar imágenes y sonidos sin tener que pagar algo muy elevado. Lo que costaba antes una señal en directo para la televisión por satélite era muchísimo. Eso ha implicado que en los últimos años hayan surgido proyectos periodísticos muy interesantes impulsados por periodistas, no por empresarios con su propia agenda, no por multinacionales, no por bancos, sino por periodistas con la voluntad de hacer un trabajo honesto, de contar con márgenes de libertad amplios y de no tener que estar al albur dependiendo de los intereses del gran capital. No son necesarias ya rotativas que costaban muchísimo dinero ni distribuidoras para que la prensa llegue a los quioscos. Todo esto sin duda es una ventaja.

Respecto a las redes sociales, el debate es enorme. Todo depende de cómo se utilicen. Evidentemente, hay una atmósfera con mucho ruido y muy tóxica, pero también uno elige a quién sigue y a quién deja de seguir, de quién se fía y de quién no. Como periodistas, al igual que cuando tenemos una fuente de información en cualquier lugar, antes de otorgarle credibilidad, sabemos que tiene que pasar una serie de filtros y que tenemos que comprobar una serie de cosas. Pues aquí lo mismo. En cuanto a esos interlocutores a los que podemos acceder a través de las redes sociales, he de decirte que, yo en los últimos años he cubierto acontecimientos como las revueltas árabes desde Egipto, por ejemplo, donde, si no hubiera sido por las redes sociales, habría sido muy difícil para los periodistas contactar con activistas, con manifestantes, con gente que era clave a la hora de entender las razones de esas revueltas.

Podíamos estar en las manifestaciones, pero a través de las redes sociales accedimos a nuevas fuentes de información sin olvidarnos nunca de las máximas de las que demasiado a menudo el periodismo se olvida, como contrastar todo con al menos tres fuentes o ser muy conscientes de que no se puede dar nada como una verdad absoluta si no lo has presenciado tú misma o contrastado lo suficiente. En definitiva, tienen muchas partes positivas porque, además, permite a mucha gente, desde estudiantes universitarios a gente ya licenciada, empezar con sus primeros pasos impulsando proyectos a través de Internet.

Creo, eso sí, que no se les ha sacado todo el partido, ya que aún se le puede sacar mucho más. Al mismo tiempo, hay que ser conscientes de que, al igual que en la vida real, también en Internet, evidentemente, puede influir más quien más poder tiene.

Esto puede ir desde comprar cuentas en redes hasta montar muchos medios de comunicación digitales, como hay, que son de extrema derecha. A modo de conclusión y ante el desprecio de sus posibilidades, de percibir como algo nocivo que más gente pueda comunicar, divulgar información y sus pensamientos, creo que eso es tener muy poca cultura democrática.

CIC: Ha contestado varias preguntas en una respuesta más extensa, así que pasamos a una parte ya más personal sobre su vinculación con el periodismo. Este año tiene lugar el vigésimo aniversario de la invasión de Irak y de ese fatídico día en Bagdad el 8 de abril del 2003, donde fue testigo del asesinato del periodista José Couso tras el ataque del ejército estadounidense al hotel Palestina en el que se alojaba el conjunto de periodistas occidentales y que, además, sería también el último día de los periodistas Taras Protsyuk y Tareq Ayoub. ¿Cómo le marca profesional y personalmente y cómo se sale adelante de ese duelo?

-Me marca indudablemente porque José Couso era un compañero y amigo. Aquel día volví a nacer. Luego explico por qué. Esa guerra fue muy espectacular en el sentido de que en solamente tres semanas cambió por completo un país para siempre. Los bombardeos que Estados Unidos lanzó sobre Bagdad fueron de una enorme intensidad. Nunca había habido un bombardeo comparable. Esto, sin embargo, no quedó en la conciencia colectiva. Naomi Klein lo cuenta muy bien en *La doctrina del shock*. A mí me emocionó mucho leerlo porque realmente creo que, si no lo has vivido, no se puede imaginar lo que provoca en una ciudad como Bagdad esos bombardeos durante horas y horas y horas todos los días, que llegaban a tumbar armarios aunque estuvieran a kilómetros. Eran bombas muy pesadas que dejaban cráteres muy profundos y que eran letales porque allá donde caían derribaban edificios enteros y provocan muchísimas víctimas mortales.

En esas tres semanas murieron muchísimos hombres, mujeres y niños. Los hospitales estaban llenos, los doctores no daban abasto, se realizaban operaciones quirúrgicas intentando salvar vidas en el suelo porque en el hall no había espacio y los jardines de los hospitales se convirtieron en cementerios improvisados donde se podían leer carteles que dejaban tras enterrar cadáveres de personas sin identificar... Terrible. Al mismo tiempo, el agotamiento psicológico que eso provocaba era muy duro. Nunca he vuelto a vivir bombardeos iguales. He estado en Afganistán, Gaza o Líbano, pero realmente eran de una intensidad brutal. No en vano, Bush quiso bautizarla como *Operación Conmoción y Pavor*.

Luego fue bastante sorprendente porque cuando ya ocuparon el país permitieron los saqueos y el caos. Recuerdo haber presenciado el incendio de la biblioteca de Bagdad y cómo uno de los bibliotecarios intentaba con un cubito sofocar las llamas inútilmente y ahí había dos tanques estadounidenses a los que varias personas fuimos a decirles si no podían ayudar y nos dijeron que tenían órdenes de no intervenir. Esto de por sí ya da pistas de cuál era la estrategia. Enseguida crearon cárceles secretas, arrestos arbitrarios tumbando la puerta de las casas, se llevaron a hombres y mujeres que desaparecían durante meses, años o para siempre, las torturas... En fin, fue algo realmente terrorífico y que a mí me marcó primero como testigo y luego porque ya había cuestiones personales en ello. Desde amigos, amistades iraquíes muertas, arrestadas, desaparecidas o torturadas hasta el propio ataque al hotel Palestina.

Esa mañana, el 8 de abril de 2003, las tropas estadounidenses habían entrado ya en una parte de Bagdad. Les faltaba tomar el centro de la ciudad. En el plazo de menos de tres horas atacaron las tres sedes de la prensa que no iba empotrada y controlada con las tropas estadounidenses, sino que estábamos allí viviendo en Bagdad. Primero atacaron la sede de Al Jazeera matando al periodista Tareq Ayoub, después la televisión de Abu Dabi hiriendo a dos periodistas y luego nos dispararon a nosotros. Estábamos viviendo en el hotel Palestina y mataron a José Couso y a Taras Protsyuk, que trabajaba para Reuters y que estaba retransmitiendo en directo lo que su cámara captaba y enviando con esa señal las imágenes a muchísimos medios de comunicación de todo el mundo.

Las consecuencias de ese ataque no fueron solo los muertos y los heridos, sino también la interrupción de esa señal. En las siguientes horas, los periodistas tuvimos que ocuparnos de nuestros heridos, llorar a nuestros muertos y barajar opciones de seguridad. En esas horas no hay imágenes de la toma de Bagdad, que en esos momentos estaba siendo ocupada por las tropas estadounidenses. No hay imágenes hasta el día siguiente. Por lo tanto, otra de las consecuencias de ese ataque es la oscuridad informativa. Nos fuimos a negro. Por eso es tan importante y por eso insistimos en la necesidad de defender justicia para José Couso porque, si persiste la impunidad, esto se vuelve a repetir, como de hecho así sigue siendo en cada guerra, donde uno de los objetivos es la prensa a pesar de estar protegida por las leyes internacionales.

Esa mañana estaba a punto de salir para intentar acceder al aeropuerto, que estaba a muchísimos kilómetros y había una batalla. Estaba en el decimosexto piso y justo desde el balcón vi dos helicópteros estadounidenses que sobrevolaban la ciudad muy cerca de nosotros. Eso era una señal de que ya sentían que tenían controlada esa zona porque, si no, los helicópteros no sobrevuelan a esa altura tan baja. Llamé a la redacción de la Cadena SER, que es para donde trabajaba yo entonces, contando esto y me dijeron que me daba paso Iñaki Gabilondo en el siguiente informativo. Era cuestión de minutos que yo entrara en directo y en esos minutos abrí una cremallera de mi maleta y encontré lo que llevaba buscando tres meses: un cable largo. Llevaba desde el inicio, desde que estaba en Bagdad, retransmitiendo siempre desde el balcón porque tenía un cable corto que me obligaba a tener el teléfono en el balcón conectado con la pantalla del satélite que conectaba con la señal del satélite.

Gracias a encontrar ese cable largo, pude situar el aparato telefónico dentro. Yo me quedé fuera observando los tanques estadounidenses que estaban allí frente a nosotros, los cuales llevaban horas allí. Nosotros estábamos identificados, ponía prensa en nuestros chalecos, desde el hotel donde estaban los tanques se podía leer perfectamente el letrero en inglés gigantesco de *hotel Palestine* y justo suena mi teléfono. Era Madrid, la radio para darme paso. Entonces yo estoy saliendo del balcón cuando el tanque, que había girado su cañón diez minutos antes, en un lugar donde no había batalla y con tiempo de observar y de pensar, lanza el proyectil.

En ese momento, como a mí me habían llamado y justo había podido meter el teléfono dentro, pues yo estaba saliendo del balcón. Parte del balcón se derrumba, me caen algunas rocas, me quedo completamente sorda y pienso que se me ha roto algún órgano internamente porque la onda expansiva me lanzó hacia atrás y había sido brutal. Me toco, veo que estoy bien y voy a la habitación de al lado. Le digo a algunos colegas que ha sido contra el hotel y dijimos que, donde cae cae uno, caen dos, porque normalmente el *modus operandi* era ese: donde caía uno, luego caía otro más potente que derribaba el edificio. Imagínate el pánico. Salimos a las escaleras, donde

nos encontramos como con 150 periodistas más bajando en modo pánico, pensando que no llegábamos abajo. Cuando bajamos un piso, nos encontramos con Taras Protsyuk ya medio muerto y, cuando bajamos otro, nos encontramos con Ferdinando de la RAI, con las manos ensangrentadas y diciendo que Couso estaba herido.

Siempre hemos dicho que hay muchos indicios de que fue un crimen de guerra. Podían vernos, estábamos identificados y el Pentágono tenía nuestras coordenadas. Colin Powell afirmó posteriormente que por supuesto que sabía que era el hotel de los periodistas. Además, en sus propias conclusiones, el Alto Mando Central estadounidense dice que la que la amenaza era un ojeador, que ahí había un señor o una señora con unos prismáticos que podía dar las coordenadas y la ubicación de esos tanques.

Yo escribí por entonces un artículo diciendo que todos éramos ojeadores. Esos tanques se podían ver desde muchos lugares de la ciudad. Todos los periodistas que estábamos allí con cámaras podíamos verlos y grabarlos. Desde luego, un ojeador no es ninguna amenaza ni justifica un disparo contra un edificio protegido por las leyes internacionales, como era el hotel Palestina, donde había prensa. Desde entonces hemos visto cómo una y otra vez los bandos implicados en buena parte de los conflictos saben que los periodistas podemos contar lo que ocurre y, por lo tanto, nos molestan. Ante eso, no puede perdurar la impunidad. Sin embargo, aquí los gobiernos de todo signo no han hecho nada para que el caso Couso prosperara desde el punto de vista judicial y eso es una tragedia.

CIC: Ya para acabar, Kapuscinski entendía el compromiso como algo fundamental en el periodismo. Por todo lo que ha contado representa muy bien ese compromiso, pero también por lo que ha hecho en otros campos. Acaba de ser coguionista de la película *En los márgenes*, que trata sobre una realidad como los desahucios que tiene menos espacio en medios de comunicación, pero que siguen produciéndose cada día. Es también una representante de la lucha por la memoria histórica, debido a que Santos Francisco, su bisabuelo, fue asesinado durante la represión franquista en Villadangos del Páramo (León). Además de eso, todo viene vinculado también con el periodismo internacional. En *El hombre mojado de la lluvia* plasma la realidad de Oriente Medio mediante la diversidad de testimonios. La frase final del epílogo es preciosa por la carga emocional que tiene: “a través de los otros siempre podemos descubrir aspectos de nosotros mismos”. ¿Hacia dónde cree que tiene que mirar el periodismo en la actualidad?

Bueno hacia todos y cada uno de los pliegues de nuestra actualidad. No puede dejar ningún pliegue en la oscuridad. Desde luego, no puede centrarse solo en mirarse el ombligo ni debe mirar únicamente a lo que podríamos llamar la burbuja del poder. Por ejemplo, ahora que estoy viviendo en Madrid, la villa y corte, donde ocurren muchas cosas y hay muchas dinámicas, donde están el poder mediático, político, empresarial y financiero todos juntos, puede ser muy tentador y cómodo ejercer un periodismo que termine con tortícolis de tanto mirar hacia arriba y que se acostumbre a las alfombras rojas y a los despachos. Seguro que con triunfos, premios, medallas y de todo. Está muy bien que hayas formulado esta pregunta porque el periodismo que se olvida mirar hacia otros lados, será un periodismo deshonesto.

¿Qué hay fuera de esa burbuja del poder? Está todo aquello que sufre o disfruta de las decisiones que se toman dentro de esa burbuja. Esto es como cuando en las guerras te dicen que es mejor cubrirlas solo empotrado con las tropas de los bandos implicados. No, cuantas más perspectivas tengamos, mejor. Sin embargo, veo que hay una tendencia a mirar a los despachos, a las alfombras rojas, a los señores poderosos con corbata que se rascan y ya es noticia. Eso no deja espacio para todo lo demás.

En la calle, en los centros de internamiento para personas extranjeras, en las casas de las familias que no llegan a fin de mes, en las aulas de estudiantes que quieren tener un futuro digno, en las viviendas de familias que van a ser desahuciadas... En todos esos lugares hay grandes noticias, noticias con mayúsculas. Si las cámaras y los periodistas pusieran más el foco allí, probablemente los debates serían más sanos e irían, sobre todo, al eje que puede definir nuestra actualidad. Por lo tanto, se trata de mirar a los otros y a las otras, como decía Kapuscinski y como digo en *El hombre mojado no teme la lluvia*.

Debemos entender, además, que a través de pequeñas historias podemos comprender muchas veces la Historia con mayúscula. O sea, contando historias de personas atravesadas por su presente y por la actualidad se pueden entender mejor los acontecimientos históricos. Por ejemplo, mediante el reportaje, que es un género absolutamente maravilloso

Escribió Federico García Lorca un verso de un poema de *Poeta en Nueva York* que decía así: “debajo de las multiplicaciones hay una gota de sangre de pato, debajo de las divisiones una gota de sangre de marinero”. Él hablaba de ese capitalismo despiadado que percibió en Nueva York, que a veces deshumaniza. Bueno, ¿qué quería decir? Que detrás de los porcentajes, de los datos, de las estadísticas, de los números, hay personas con nombres y apellidos, con historias, con rostros, con voz. A través de sus historias, muchas veces es mucho más fácil explicar desde el ejercicio del periodismo una realidad.

Cuando yo intentaba explicar Oriente Próximo, muchas veces me sentía muy frustrada si solo me limitaba a esos datos, a esas estadísticas. Sin embargo, a través de historias de familias que narro en el libro, por ejemplo, algunas de esas familias estaban tan atravesadas por la Historia con mayúsculas que vi que era muy fácil, narrando la historia de abuelos, abuelas, padres, madres, hijos e hijas, contar todo el siglo XX de Oriente Próximo y poder entender el Oriente Próximo actual. Creo que eso, la crónica y el reportaje, nos lo facilita mucho y es una manera de poder introducir a la gente en cuestiones más áridas y que, sin embargo, son importantísimas.

De hecho, ahora que mencionas *El hombre mojado no teme la lluvia*, mi editor siempre me dice que por qué no escribo sobre estos más de diez años que han transcurrido desde su publicación en los que ha pasado absolutamente de todo en Oriente Próximo. A muchas de las personas que aparecen en el libro les ha ocurrido de todo. Sería una forma de explicar muy bien estos últimos diez años.

En fin, en definitiva, hay muchas maneras de poder contar la actualidad, de poder hacer un periodismo honesto, un periodismo libre, un periodismo con cultura de paz y con cultura de derechos humanos. Sin un periodismo así, no vamos a mejorar como sociedad y no solamente eso; vamos a estar absolutamente intoxicados. El periodismo, en función de cómo sea, puede ser algo positivo o negativo. Cuando el periodismo no cumple con sus obligaciones, con las obligaciones del oficio, puede resultar muy perjudicial para una sociedad libre y democrática.